

# LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS  
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.  
NÚMERO EXTRAORDINARIO.



NÚMERO 179

Madrid Octubre de 1894.

OFICINAS FACTOR-7.

## ZARAGOZA



## LA FERIA GRANDE



UNA VISITA AL PILAR

No soy aragonés; pero conociendo un poco la historia de ese gran pueblo y las tradiciones de su célebre santuario, ansiaba muy vivamente desde largo tiempo visitar á Zaragoza y al Pilar. Aunque tarde, este mi deseo fué por fin realizado satisfactoriamente.

Era en la mañana del 12 de octubre, no importa el año, cuando guiado por un mi amigo, zaragozano de nacimiento y de corazón, trasponía la esquina de la nueva calle de Alfonso XII, sintiendo en tal momento cierta dulce emoción al divisar la cúpula majestuosa que corona el templo.

Sabíame de memoria sus grandezas y tesoros, por la lectura de muchos libros y por las relaciones de algunos visitantes entendidos; así que al recorrerlo para apreciar sus bellas y grandiosas proporciones, á la vez que sus defectos, pues los tiene como obra de hombres, sobre todo si es moderna y en ella han tocado muchas manos; cuando por obra y gracia de un canónigo infanzonero vi las ricas preseas, los vasos y ornamentos, y cuando luego empezada la función, pude escuchar los acordes de una gran misa de Ofelia y contemplar el aparato litúrgico desplegado por el cabildo, todo ello sirvió para entretener y recrear al ratón de iglesia, con pantas y ribetes de aficionado á crítico; no al devoto, al peregrino sin conchas ni bordón, es cierto, pero con su poquito de fe y ardiente además la cabeza con las glorias de Aragón... y con las de la Virgen, ¡vaya! todo se ha de decir.

Volvímos, pues, por la noche á tiempo de estar acabando los *Laudos*. Entonces el curso no era abundante ni ruidoso; el templo, no del todo iluminado, presentaba magnífica perspectiva de sombras, mitigadas un tanto por el foco de luz que salía de la Santa Capilla. El canto del coro parecía más conmovedor; la voz del órgano más misteriosa, alejándose y volviendo de nuevo potente al oído por hábiles gradaciones, en dulces gemidos ó en amplios y sonoros acordes que parecían horir los muros y revolver en las bóvedas.

Acabó el oficio. Sintióse el ruido especial de libros que se cierran, de papeles que alguien enrolla, de correos que corren... Dos valvas intercepta-

ron las naves, cuyo aspecto era ya imponente en su oscuridad, que no dejaba verles el fin. Los fieles, ya en menor número, fueron quedando en el espacio que restaba libre, y entonces nos acercamos ambos al *Sacra Sanctorum* de Aragón, de España entera; al lugar cien veces venerable, cuna de nuestra religión, égida inquebrantable de nuestra patria. Allí, de rodillas, apoyados en el balaustrado de mármol, fija la vista en la santa imagen, rodeada de brillantes estrellas en fondo cristalino verde oscuro, mis labios pronunciaron la oración más sublime que dirigimos los cristianos á la Virgen, *¡Dios te salve, María!* Estaba conmovido profundamente, y fuerza era estarlo.

El que haya contemplado muy de cerca un objeto de gran valor histórico, tanto sabe de recuerdos suscita; cómo desfila ante los ojos de la inteligencia todo un pasado, que parece surgir de nuevo... tiempos y cosas que fueron evocados ahora por lo que todavía es y causa nuestro arrobamiento. Y si ese objeto es la imagen que la tradición nos presenta construída milagrosamente por los ángeles, vivo aún el original entre los hombres; si se está en el mismo lugar en que se verificó este portentoso á los ojos del Apóstol á quien debemos la vida del espíritu, esto es, el no yacer ahora en la barbarie, y ese lugar no ha dejado un instante de ser santo en diez y nueve siglos, viendo pasar ante él generaciones y generaciones, guerras y trastornos, monarquías, pueblos ó instituciones, mundos que se suceden, el godo al romano, el árabe al godo, el cristiano al árabe... ideas á ideas; y entretanto, el *Pilar* allí, firme, donde el Apóstol lo viera poner y donde aún la generación presente llama bienaventurada á la Virgen, que según profetizó de sí misma, fué llamada así por otras mil sin cesar un momento. ¿Quién puede sustraerse al impulso de tanto recuerdo como abrasa al creyente?

Yo no pude, y como cediendo á una fuerza superior, dejó caer la frente entre mis manos y á la imaginación lanzarse en el abismo de los siglos. Parecíame así abstraído, ver al Apóstol en aquella noche memorable, junto á los muros de Cesáragusta, postrado ante la Madre del Salvador, rodeada por los ángeles, que entre nubes y resplandores la elogiaban, cantando *¡Hena de eres de gracia,* y escuchar de sus divinos labios que

aquel era el lugar elegido para tributarle un culto que no faltaría jamás y que no se movería de allí aquel pilar, símbolo de lo estable y permanente.

Veía después á los discípulos del Santo edificar aquel exiguo oratorio de diez y seis pasos de largo, y á los primeros cristianos celebrar en él á las altas horas de la noche con la luz de toscas lámparas de hierro, los misterios divinos; según la liturgia de Santiago.

Surgió en seguida ante mí toda la época romana del martirologio, y vi desfilár ante la imagen á los perseguidos por los decretos de Nerón y Diocleciano, á la gentil doncella Egracia, á los diez y ocho mártires inmortalizados por el vato aragonés Prudencio, y al obispo Valerio, cuyo diácono Vicente mereció tener por panegirista de su glorioso martirio al mismo San Agustín. Así también veo, que gracias á la paz de Constantino, los cristianos reedifican el santuario y le signan con el lábaro del emperador. Ya se puede celebrar la Pascua á la luz del día, ya pueden venir de los cuatro extremos de la península todos los creyentes, porque el lugar enrejado con el sangre de tantos héroes de la fe es ya famoso por sus prodigios.

A los romanos suceden los bárbaros, y allí miro á Reccario, el católico suevo, y poco después al godo Teodorico, que entra vencedor de aquel. Nuevos obispos y sacerdotes celebran los oficios, no ya con los vestidos usuales, sino con las sencillas *psimas*, el palio y la estola llenos de cruces. Sus oratorios de Oriente, al uso de Bizancio, decoran los muros; bajo ellos pasan durante los siglos visigóticos aquellos prelates de luenga barba, corto báculo y mitra baja triangular, que asisten á los concilios de Zaragoza y de Toledo; Casto, el del sínodo sardicense; Juan, que libra á la ciudad del cerco puesto por Childeberto el Francó; Máximo, historiador y poeta; el sapientísimo Braulio, que admira á la misma Roma; el incomparable San Isidoro, y Tajón, el teólogo, que escribe sus cinco libros de las *Sentencias* mucho antes que Pedro Lombardo siguiera en París el mismo camino.

Aquella es una época de esplendor religioso en medio de grandes revueltas políticas.

Pero al día visigodo sucede la noche árabe con nuevas persecuciones y nuevos mártires. Vejados los cristianos, consignan á costa de su mismo sustento salvar, mediante oneroso tributo, el oratorio y un barrio en su alrededor. Allí todo es pobre; creyentes abatidos y astrosos, clérigos mazárabes de triste y dolorido semblante, muros desmenuados, pero venerables en su misma desolación, pues según nos refiere Zurita en sus *Anales*, constituían el santuario más venerado de toda España, ara santa, puerto de refugio, religión y consejo públicos.

No hay noche perpetua; y así como al Viernes Santo sigue la Resurrección, tras las tinieblas musulmanas lució la aurora de la reconquista. Ahora es Alfonso I el Batallador quien aparece de rodillas ante el Pilar, acompañándole insignes prelates y apuestos caballeros. El ruido de los escudos y armaduras concierta con la ruda música del oficio de gracias. Entonces mismo, D. Pedro Librana, elegido para obispo de Zaragoza, emprende la tarea de restaurar la Santa Capilla, y pronto, gracias también al papa Gelasio, aparece un cabildo ro-

gular, sirviendo en la obra ya reparada con las formas románicas, con sus gruesas columnas sosteniendo los arcos en plena cimbra, de que penden hermosas lámparas; el altar es rico, el conjunto severo é imponente. A los ritos muzárabes han seguido las liturgias de Cluny y de Sahagún; el órgano se deja ya oír en el oficio, y las vestiduras aparecen cubiertas de oro y pedrería. Desde aquí van apareciendo generaciones de fieles que rivalizan en dar esplendor al lugar santo.

Si en el siglo xv un incendio casi lo devora, el quedar intacta la imagen con su pilar es prueba de que ambos son igualmente inmunes contra los accidentes de la naturaleza como frente á las acometidas del hombre. Entra después

en escena la noble figura del arzobispo D. Alfonso de Aragón, el hijo del Rey Católico. Paréciese pequeña la capilla para contener tanto foley tanta ofrenda que afluyede todas partes, y pronto surge á su lado otro nuevo templo mucho más grande y suntuoso, bajo cuyas bóvedas pasa por más de una centuria todo el boato del siglo xv; los caballeros, los prelates, los nobles, los poetas, un pueblo creyente y entusiasta que precedía grandes solemnidades, en que se oye música de coros numerosos, acompañados por muchos instrumentos. Un sacerdocio ilustre, disciplinado á la romana, preside á todas estas grandezas, hasta que en el siglo siguiente ya parece también pequeño aquel recinto, y al tiempo de la jurá en Cortes de Zaragoza (por Carlos II, concíbese la idea de un templo monumental.

Mala época es para la arquitectura; pero hay un segundo Herrera (Francisco), que á vuelta de extravijs de su tiempo, consigue idear una traza realmente grandiosa. Creo ver cómo el famoso arzobispo D. Diego de Castrillo pone solemnemente la primera piedra el día de Santiago de 1681, y tras él vienen los fieles á millares por larguissimos años, llená el alma de fe y las manos de riquezas. Ya el nuevo templo (derrribado el que hiciera D. Alfonso) cobija la Santa Capilla; pero ésta exige nuevos ornatos, que ejecuta Ventura Rodríguez, y que al fin se inaugura con grandes regocijos, el 12 de Octubre de 1704.

Mas no basta aún lo hecho. La obra de Rodríguez hace resaltar antiguas incorrecciones y deficiencias, y la devoción quiere que todo sea perfecto. ¡Manos, pues, á la obra. Sólo que al empezar el siglo xix sobreviene la *francesada*. El ejército de Napoleón está á las puertas de la ciudad; no es creyente, ni siquiera como los moros, y á imitación de ellos, tala y saquea los templos. Ahora es el guerrillero quien se postea ante el Pilar, sin dejar el arma del brazo; oigo los tiros de la trinchera y los llantos de las mujeres que oran junto á sus maridos ó sus hijos... Después todo cambia; la multitud llena el templo alborozada, mientras suenan los ecos del *Te Deum*. ¡Aleluya! Los franceses ya se han ido con viento fresco, y el Pilar no ha sido profanado.

En esto interrumpe mis sueños el eco real y verdadero de una rondalla; son los muros que cantan la jota al son del guitarrillo en la calle inmediata; una voz aguda de tenor deja oír su copla, que me estremeció de arriba abajo:

—Mi corazón está preso y no se quiere escapar, metido bajo el manto de la Virgen del Pilar.

—¡Vámonos!—siente que dice mi amigo—van á cerrar.

Al levantar la cabeza veo allí todavía gente arrodillada, mujeres del pueblo y de la clase media, artesanos, varios caballeros también. Todo el mundo ora en silencio; percíbese no más el siseo de los labios, y á intervalos un «¡Ay, madre mía!» que suspira alguna infeliz, pidiendo quizá por su hijo... Aquello convida á permanecer todavía en silenciosa oración. No se ve en parte alguna el exótico reclinatorio, ni quien les en devocionarios franceses, ni se aspira el ambiente de *badair*, que infesta San Pascual y las Calatravas. La ridicula y mundana colgadura y la feísima araña con que se pavonean los cofrades de la corte, no desfigura aquellos muros venerandos, ni la luz eléctrica ha entrado allí como en nuestras iglesias para arrebatar al lugar santo el poco aspecto cristiano que le ha dejado el invasor y desatentado modernismo.

Pero es necesario salir. Levanté de nuevo los ojos hacia la imagen, y abarcando de una ojeada cuanto había pasado por mi mente, el fervor de tantas generaciones, la sangre vertida, los sacrificios hechos, el oro derramado, el arte al servicio de la fe, las glorias de la religión estrechamente unidas á las de la patria, hice acto de contrición, diciendo con el alma: ¡Perdón, Virgen santa! ¡Qué hemos hecho nosotros para ser dignos hijos tuyos? ¡qué podríamos hacer más? ¡Cuán superiores á nosotros son los que aquí han orado, los que oran todavía sencillamente, ignorando que hubá católicos franceses ó italianos, Alfonso ó Barcoñes, que negaron la consoladora tradición del Pilar, ó que existió Ferreras; y para crear no necesitaron la lectura de Zurita, de los PP. Ruzola y Murillo, ni de Fuertes y Viota, ni saber que hay pergaminos y papeles en este archivo ni en el mundo entero...

¡Va á marchar, cuando oigo de nuevo que cantan fuera. Esta vez eran himnos religiosos, la procesión del Rosario que se acercaba. Dirigí entonces una última mirada á la imagen, y parecíame que con los ojos me decía: «Eso es el camino; yo siempre tendré gentes que me adoren; ora como ellas y confiesa tu fe ante el mundo.»

Un momento después se cerraba tras de nosotros la puerta del ya solitario templo, encomendado al Ángel, que vela sobre él día y noche hace ya diez y nueve siglos.

EL DEVOTO PARLANTE.

POESÍAS AL PILAR

A título de curiosidad nos parece oportuno exhumar las dos siguientes composiciones del siglo xvii, ya olvidadas, que por ser de dos poetas aragoneses, uno de ellos famoso, y ostentar el sello de la época, tienen ahora algún interés:

Antes que fuese la Luna digno asiento de los pies de la sin manecilla alguna, cual hoy de su imagen lo es, lo fué esta Santa Columna.

La misma Virgen midió con su planta esta capilla, que el gran Apóstol alzó; y el Ebro el primero dió agua al bautismo en su orilla.

Es símbolo de firmeza la Columna, y quiso así declararla fortaleza del pueblo que dejó aquí por guarda de tal riqueza.

Este templo ha conservado siempre el culto verdadero; ni el idolatra menguando ni el hereje atuto y fero jamás le han provaricado.

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

Año 1694.

En el certamen poético celebrado en Zaragoza el día de la fiesta de Nuestra Señora del Pilar (12 de octubre de 1629).

SONETO

Trono purpúreo fué de vivas rosas la Columna que Cristo enterneció (1), y la Columna donde está María trono es también de lucos milagrosos.

Hubo en aquella penas dolorosas, y en ésta es todo gozo y alegría; rabís en una la crueldad vertida, y en otra la piedad pronda dichosa.

Aquella fué señal de rendimiento, esta ha sido laural de la victoria; una fué compasión, otra contento.

Merezcan, pues, las dos igual memoria, que si aquella nos dió merecimiento, ésta nos da los premios de la gloria.

JUAN NADAL.

IDA Y VUELTA

En las puertas de la vida se encontraron, de pasado, un niño, haciendo su entrada, y un anciano, su salida.

Cualquier saliendo... una mera atención de caminante... y el saliente y el entrante se hablaban de esta manera: —¡Cuando yo voy te retirará! —¡Andal! ¡Buena manda te dejé! —¡Qué tiene!

—¡Qué está muy viejo. —¡Los ojos con que lo miras! —¡Ah! no queda nada.

—¡No! —Ni amistad, ni confianza, ni amor, ni fe, ni esperanza... —¡Todo eso lo traigo yo.

Un Ángel, que andaba al vuelo de su cargo en el disfrute, para evitar el matute entre la tierra y el cielo, dijo: «El niño ha de volver con toda ilusión perdida y el viejo amara la vida como volverá á nacer.»

¡Las ilusiones hermosas!... ¡Los funestos desengaños! El criterio está en los años con que se juzgan las cosas.

JUAN JOSÉ HERRANZ.

ZARAGOZA

A mi querido amigo D. Narciso de Cuesta.

Lo ha dicho el poeta. Andalucía es el país del amor y de las flores. Si fuera dable representar las notas características de su alma por una sola que las comprendiera á todas, me atrevería á decir que es la imaginación el rasgo sobresaliente de su espíritu y la fuente inagotable donde bebíó inspiración la pléyade de artistas que han brotado de su riquísimo suelo.

Aragón, en cambio, es el corazón de España. No busquéis en él imaginaciones calenturientas y febriles; pero llama al santuario en que anidan en perpetuo consorcio la hidalgüa junto al valor, la ruda franqueza al lado de la generosidad y el sacrificio, y las puertas del templo se os abrirán para enseñaros en el corazón del aragonés todo

(1) Alude á aquella en que fué bautizado Nuestro Señor Jesucristo.



ESPERANDO LA SALIDA DEL TORO

ese raudal de fervientes impulsos, que ha formado de su carácter uno de los más genios de nuestra raza.

Cuando el á-poro chirrido de la locomotora y las trepidaciones cada vez más pausadas del tren indican el término del viaje á Zaragoza, se pisa la tierra inerte...

Dentro ya de Zaragoza, deleita asistir á la animación incomparable y encantadora que se traduce estos días en cantos patrios y populares, en iluminaciones de exquisito gusto, en fuegos artificiales...

El día 12 de octubre, sobre todo, las calles que conducen al Pilar están intransitables, y al caer la tarde, se escucha en ellas un ligero rumor, que crece y se dilata por momentos...

Las lucas se apagan, y el canto cesa. Las puertas del templo gimen al cerrarse sobre sus bronceados goznes, y la tortulia, el café, el teatro ofrecen nuevas y diferentes emociones.

canonizada cita sobre el gran puente que lame ruidoso el Ebro. En la puerta de la desposada se improvisa la rondalla nacional, que incita á la alegría: el batarro, de calzón corto, ancha y mal plegada faja y pañuelo en forma de rodete en la cabeza, temple la guitarra ó se apodera de la bandurria; un vino, negro como el dolor, brota en hilada vena del cuero y de las botellas; la zaragozana inicia el popular festejo con el movimiento de su cuerpo, y la música y el canto lanzan al aire los primeros acordes de la jota.

Y entonces es de admirar cómo de roncadas voces resulta un dulcísimo canto, de variados instrumentos el acorde unsono de la armonía, del pespunear de las cuerdas y el chasquear del pandero y el alegre ruidón de las sonajas el conjunto más musical y más artístico que pudiera conseguir un gran director al frente de una orquesta de maestros.

La luz del alba sorprende de ordinario estas expansiones, que terminan al calor de furtivos y enamorados besos y al frío penetrante de las primeras nieblas del otoño. Y entonces, toda la patriarcal usanza de las costumbres del aragonés, el afán diurno del trabajo, el fervor constante, inveterado, por su Iglesia y por su Pilar, desaparecen junto á los primeros rayos del sol del día 13: ayer ante la esperanza de la hora de la prueba, y hoy con la continuada diversión de las tres corridas de toros, que son el número saliente, predilecto en el programa de las fiestas del Pilar.

Octubre 1891.

ENRIQUE SEPÚLVEDA.

CAÑUTA Y MOCHILA (\*)

Nacieron el mismo día y á la misma hora, sus madres murieron de susto la misma tarde, y fueron criados por la misma nodriza; la tía Timón.

Crecieron juntos, jugaron juntos, y juntos fueron á la escuela, donde el uno dejó de aprender la gramática por no disgustar al otro que no la supo nunca.

(\*) Esta precioso art'culo forma parte del libro titulado 'Polletines y Cuarentos', original del ilustre escritor aragonés, hace algún tiempo fallecido, D. Agustín Peiro, y publicado por sus amigos de Zaragoza.

Cañuta y Mochila, que—aparte varias trampas—habían heredado de sus padres tan graciosos motes, estuvieron un punto á pique de perderselos.

El tío Zapato, nuestro in partibus de Mozota, al ver su singular afición y semejanza en gustos, y comprender que Cañuta y Mochila no podían vivir el uno sin el otro, dió en llamarlos Pilatos y Orestes, que, como decían por el pueblo, debieron ser una pareja de coces del tiempo de los griegos.

Eran Cañuta y Mochila de regular estatura, anebo cogote, pequeños ojos, aplastada nariz, boca limitada, vientro escaso y encorvada espalda. Tenían tan grandes las manos, que sacaban la tierra á zarpadas haciendo más faena los dos solos, y sin azada, que entre veinte jagones de la trbera.

Temidos y respetados por sus buenos puños y mejores plantas, vivieron largo tiempo felices con sobra de miseria y buen humor.

Mochila se casó con Colasica, hermana de Cañuta; y éste permaneció soltero porque, como Mochila notaba hermanas, no parecía bien que, habiendo de vivir juntos, se alterara tan constante amistad y placida vida con el fermento de dos mujeres en la casa.

Contentos con su escasez de fortuna y su sobra de gracias personales, faltábales á nuestros hombres—para remate y complemento—la satisfacción de un deseo largo tiempo acariciado. Visitar Zaragoza con ocasión de las fiestas del Pilar, ya corría en grande, como ellos decían.

Llegó, por fin, el venturoso día—jel 10 de octubre de 1877!—en el cual Mochila y Cañuta, después de abrazar á su mujer y hermana, y de esconder el primero en su faja ochenta reales en casaca bien apretada en un papel de es raza liado con una tosca cinta de alparagata, emprendieron su caminata á la capital, montados en sendos machos y trazando surcos en la carretera con los pulgares de sus soberbios pies, que colgaban de los costados de la bestia como si fueran artesones.

De lo que en Zaragoza les sucedió á nuestros héroes, dará cumplida muestra la siguiente carta que entregó Cañuta á su hermana; carta que, sin añadir ni quitar, transcribimos para enseñanza ó ejemplo de propios y extraños.

«PISTOLA Á COLASICA

«Querida Colasica: m' alegrar' qu' al recibo d' estas líneas t' halles buena; yo, gñono á Dios gracias pa lo que gustes mandar. El dador d' esta lo será, Dios mediante, tu hermano Cañuta, que no inoras m' ha compañía á esta zudía pa ver las fiestas; que voy á contarte Colasica lo que m' ha pasau pa que lo sepas y t' enturdezcas.

«Entremos de madrugada Cañuta, los abrios y yo por las puertas de Pinchatalas, pol que mas pació el camino más despajan y... y rediez, Colasica! en medio d' un redoncho vimos un rai á santo, que le digo á Cañuta:—De tóo tiene.—Que me responde Cañuta:—Pus qu' es un rai magro.—Y en qué l' has conoció?—que le digo á Cañuta.—Y vai que me responde:—Pus no ves qu' es negro!

«Embecidicos estábamos mirando fto la estanta, cuando miá tñ que viene un menistro y mas dice que paguemos una peseta de multa pol metenos en vedau, y qu' hablamos d' entrar pol la puerta del Carmen, que como es vieja y paice que se cai, á la cuenta la guardan pa los folasteros. Ibámos á entrar pol esta, cuando otro menistro vestido de color de materia, vai mas dice qu' hablamos de pagar diez cuartos pol pollo y el puchero de mostillo, que tragabámos p' al señor Zapato que mas había d' aguespar. ¡Rediez Colasica! Mus salimos juera de la puerta y vai que le digo á Cañuta:—Cañuta, ¡quies que paguemos!—Y vai que me dice Cañuta:—Ni pol gallo ni pol la confitura. Dale un repelón al animalico y echa una untada al puchero.—Y en un satin-paces mus co-

minos el gallo crudo y el mostillo.—Y qué dirá el tío Zapato!—que vai que dice Cañuta.—¿Cómo le daremos su presente?—Pus en su casa l' himos de dejar,—que le digo. ¡Rediez qué risa! Y entremos en la zudía dijiéndole al menistro de la puerta:—Tío gueno, misto qué gallo.—Y le enseñamos el pico, que era lo unico que no nos habíamos comido.

«Entremos pol lau del hespital y lleguemos rindo á gargajadas á salir al Coso pol un arquico de San Roque, que según paice es ptopietario y vecino de la zudía. Cuando entremos en el Coso ¡qué manífico! echemos p' un lau pa no pagar s' ibámos por medio (lo cual qui hay un suelo tan estirau que se esbarizaban las bestias), cuando otro menistro vai que mus pide otra peseta.—¡Re... coll...—Que le digo:—Pus otro menistro fan enantes mus hizo pagar pol qu' ibámos pol medio. Si s' ha de pagar por tóo, avisáilo en el perolico oficial pa que pague el que pueda la nesecidad del cabildo, y asina no emboliquis los folasteros.

«Salimos en cuatro pernás á la metá de la calle, cuando vai que da en el morro á los machos el ruido d' unos chorricos que caían d' una fuente, fuente que llaman del Norturno; qu' así será, pues á la cuenta es un dios qu' está por meterse en la cama.—¡Rediez!—Que le digo á Cañuta:—¡Qué gorrina, en metá de la plaza un dios encueros!—¡Quies callar!—que dice Cañuta.—¡Qu' ha d' estar encueros!... No ves que lleva un tener.—¡Qué risa, Colasica, qué risa!

«Mientras estábamos entrevidos mirando á Norturno, vai... ¡qu' hacen los abrios! Que se ponen á beber en el pilón y mus rodea la gente y viene otro menistro l' mus pide diez vellones pol beber los machos.—¡Canasto!—que digo yo.—¡Sus paice que semos millonarios! ¿Qué mal sus himos hecho á tñ?—Y vai que responde que no podían beber las bestias en la fuente; y Cañuta espacencia y sulfúrico que dice:—¿Que no puen beber las bestias? Misto si puen beber.—Y vai s' amorra y bebe; y yo que le digo al menistro:—¿V' ustó á Cañuta? Pus misto si puen beber las bestias... Paguemos, Colasica, paguemos y ya no tienes moño ni el chico chifaina, que tóo s' ha gastau como irás viendo.

«Lleguemos pol fin á cal tío Zapato, lo



DESPUES DE UNA BUENA VARA

qual que no mus quiso recibir pol que la pardala del Pajuzo qu' estaba de sirvienta, s' había dido á las Americas con el meriscal d' un regimiento. ¿Te p' á tñ?

«Pa qui hacen fiestas s' himos de pagar la convidaura?—que le digo á Cañuta.—Y vai que responde:—Vamos á comer cualquier cosa, y dimpués... ¡juera pensar!... á correla en grande y al treato.—Y comimos unas migas y un melón y nos juimos al café nuevo—¡qué manífico!—y tomemos café (lo cual que m' hi guardau una redoma, una toza y dos gucharillas), y mus han hecho pagar dos reales. ¡Ladrones!

«Dimpués mus himos ido á la casa de las comedias, y un tío qu' estaba detrás d' un ventanico mus ha pidio dos pesetas pol ver la comedia del treato. Como tenía palabra de rai y pior cara qu' un cuenco esculau, l' himos dau los dineros por dos piaciocs de papel; que ¡rediez! al entrar pol la puerta que vai que le dice un tío:—Déme V. el papel pa entrar.—Vengan dos pesetas:—que le dice Cañuta.—Pus qué se figuraba V.—que le digo yo—que no hay más que pedir? Misto, aqual qu' está debajo de la escalera en jaulau, mus ha sacau ocho reales; asina, pues, si V. quité el papel vengan dos pesetas.—Se quedó sin saber qué decir con la boca abierta, y mus fuimos á preparar los machos, lo cual que te guardo las dos comedias pa que en nengún Jesús digas que no sabes lo que es treato.

«Nada sus hi comprau, pol que como no nos han convidau, nos himos gastau de lo d' otri. Y esta sirve pa decirte que no himos visto más toros qu' al secretario y su entenan, y que como los fuegos oficiales los hacen mañana, no mus quedamos pol no gastar. También sirve pa decirte que pol no pagar los diez reales mi quedau en la cárcel, y Cañuta s' ha fufau con los abrios, lo cual que me darán de comer de balde.

«Da mis fentos á toa la vecindá y aguarte que vaya pa darto lo que te guardo ricogido del café, y sin más t' abraza en el esposito municipal tu patriento que desea vello el corazón.

ANISETO HUETE (a) MOCHILA.

Por la copia,

AGUSTIN PEIRO.

EL CORRESPONSAL EN LAS MANIOBRAS.—POR ANGEL PONS



1.—El general solicita tener el honor de saludarlo.



2.—¿Qué hay, general?—Vengo á exponerle el plan de campaña para que usted me diga...



3.—A ver... á ver...



4.—Reconociendo el terreno.



5.—Con puntal de usted voy á empezar las operaciones.



6.—Diga usted al general que ocupo inmediatamente aquellas alturas.



7.—Los primeros disparos.



8.—En nombre del gobierno...

